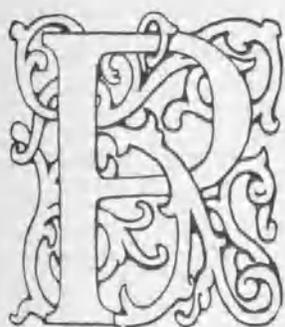
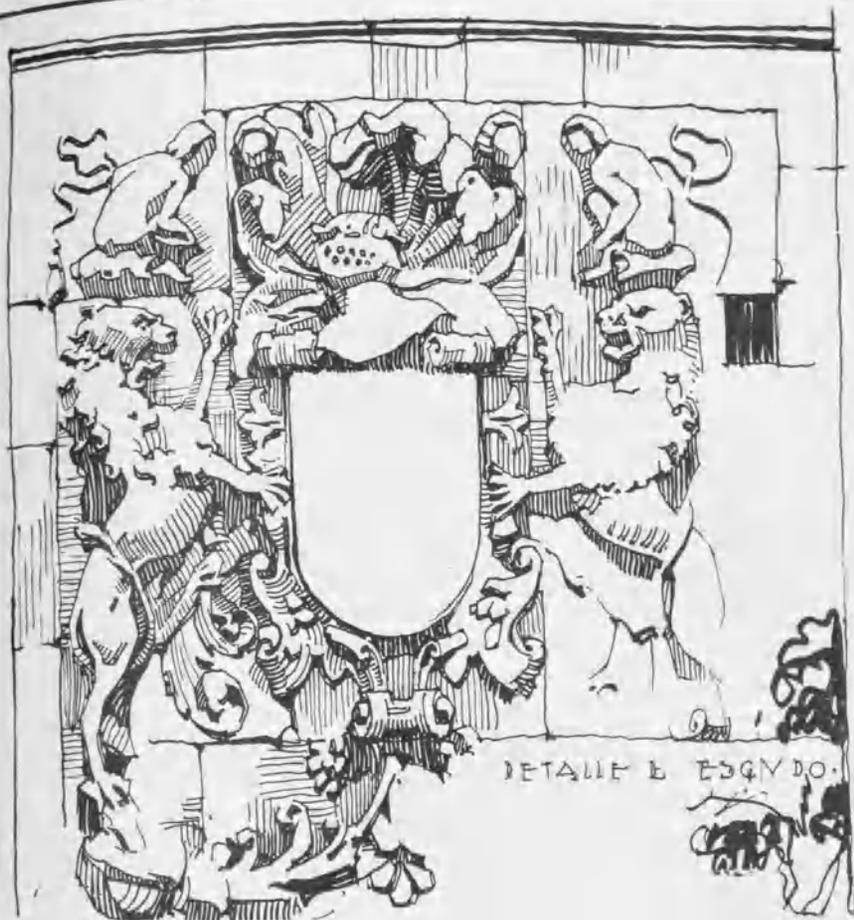


La casa montañesa



RESENTA, COMO ES MUY lógico, la casa de la montaña, una gran analogía con los tipos de construcción comunes a las otras regiones que, juntamente con ella, forman el litoral cantábrico; domina en la disposición de la vivienda el mismo tipo esencial, el tipo celta, la casa sin patio, cerrada dentro del rectángulo que forman sus cuatro muros; dentro de este tipo esencial quedan los diferentes géneros de la vivienda montañesa.

El clima y la forma de la vida, los usos y costumbres vienen a coincidir en la necesidad de adaptarse a esa forma general de disposición, con las pequeñas variantes que cada caso requiere. Los medios de construcción, idénticos en toda la costa, a base de piedra y madera, hacen que sean adoptados iguales sistemas de construir. Los artesanos y maestros, que pasan de uno a otro lado y vienen a tener el mismo origen, traen a los procedimientos decorativos y ornamentales de cada región semejanzas notables en muchos puntos (con naturales salvedades, desde luego) a los de las inmediatas; finalmente, el carácter de los moradores, templando al correr del tiempo en iguales empresas compenetradas al fundirse en intereses que se identifican, hace que todas sus manifestaciones se asemejen, y así en una de ellas, en la arquitectura popular, donde tan claramente se acusa el carácter de un hombre al hacerse su casa, aparece un factor común, un sello especial inconfundible que, arrancando del prodigio que es Fuenterrabía, se desliza por la costa del país vasco y llega a envolver dentro de sus características situaciones las villas y

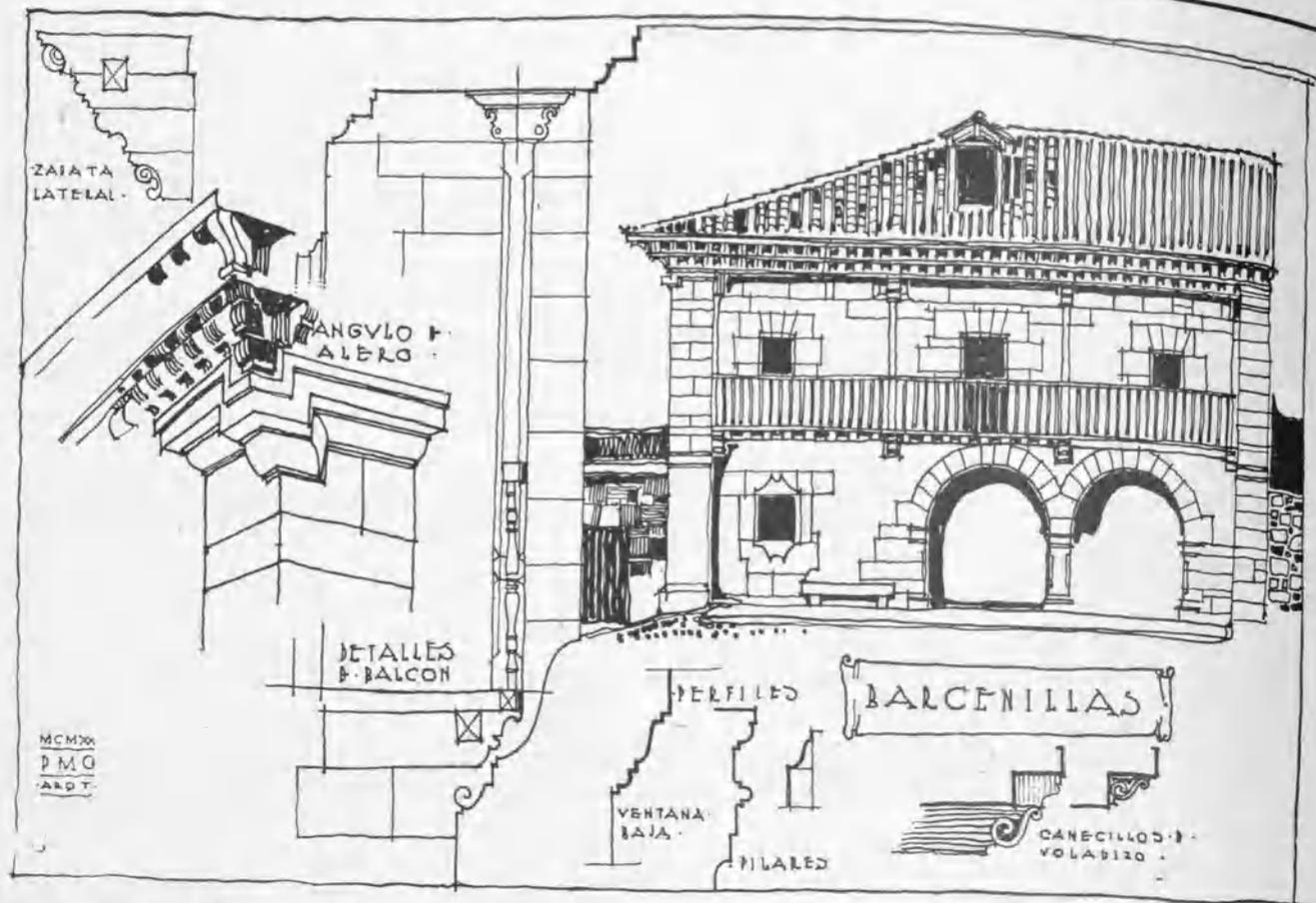
pueblos de que está sembrado aquel trozo de Castilla que asoma al Cantábrico.

Sería preciso recordar punto por punto al genial cantor de la montaña en su descripción prodigiosa de la pintoresca calle Alta santanderina, para vivir un momento ese ambiente de barriada costera, o releer la de cualquiera de sus inimitables casonas para saborearlas en todo su carácter, en su castizo y viejo empaque señorial.

Sucede, además, en los pueblos del mar, que, al correr igual azarosa vida, gira ésta y todos sus aspectos en torno de lo que el Océano les depara; así, la gloriosa epopeya de viajes y descubrimientos y conquistas de Indias, las aventuras, de suerte vario, en piratería, juntamente con las desgraciadas empresas guerreras que siguieron y el continuado ir y venir de navios señalaron claros derroteros a la vida de aquéllos, caminos que, en general, fueron de prosperidad y desarrollo, pues si ciertamente hubo pueblos que, como Castro, pagaron un tributo de vidas descomunal y quedaron verdaderamente aniquilados y positivamente muertos, otros, en cambio (y son los más), como Laredo, subieron en importancia y esplendor a un grado del que hoy distan, hasta el punto de que sea preciso recurrir al testimonio de la Historia para formarse idea de lo que fué en su época de esplendor y de grandeza.

Aun cuando no con la frecuencia que en el país vasco, suele verse en la montaña el hecho de ser abandonadas casas-solares al labrador y mutilarlas éste para adaptarlas a su modo para su vida y usos; son, sin embargo, los menos estos casos y no es frecuente ver repetirse mutilaciones como la de Gabiria en Guipúzcoa, y tantas otras.

La causa de esta mayor conservación será, probablemente, el tener en más, quizá, su abolengo y su extirpe, el presumir



de ello y por ende de sus casas originarias, el hacer sus grandes escudos (pletóricos de motivos, recargados con sus bichas y angelotes, tenantes y leones, etc.), el motivo principal en la ornamentación de sus fachadas es un partido extraordinariamente familiar en la casa montañesa. Este culto a los linajes, tan grande y tan extendido, se traduce en la arquitectura en un tema por demás interesante: es un culto que, a veces, se desvirtúa, pues como muy bien decía en cierta ocasión un ilustre maestro, «allí, el que no tiene escudo se lo inventa».

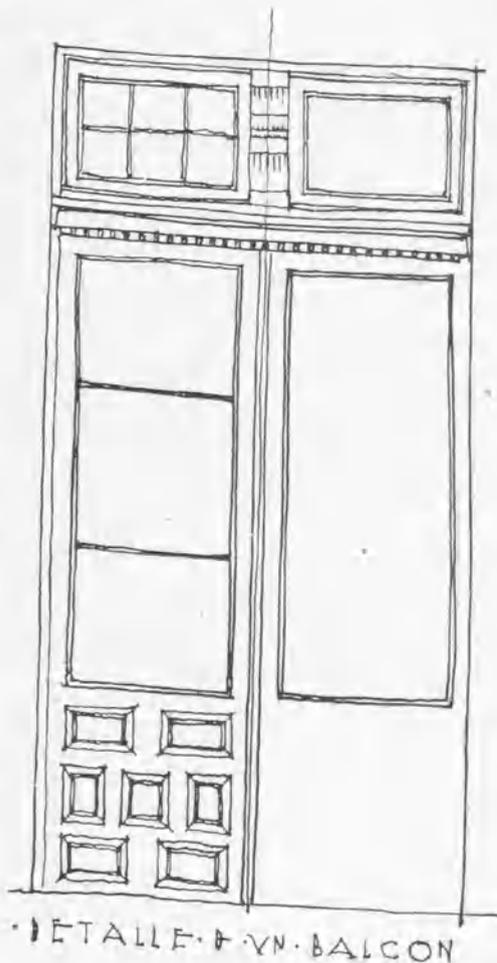
Contrasta, junto a este alarde escultórico que suelen ser los grandes escudos labrados, la sobriedad del conjunto que, en general, es peculiar, pues aun cuando hay casas tan decoradas como el palacio de Soñanes entre tantos otros, el tipo general, el carácter de la decoración en la montaña es el de sencillez, muy acorde con el que tiene la construcción, en la que uno de los dos elementos preferidos es la piedra, pues la inagotable fuente de materiales pétreos que en el país existe y la facilidad de su manejo hace que su uso sea esencial y así se prodigue, bien en una cuidada obra de canteros para los grandes palacios, casas solariegas y aun otras de menor importancia, o en mamposterías de vario carácter,

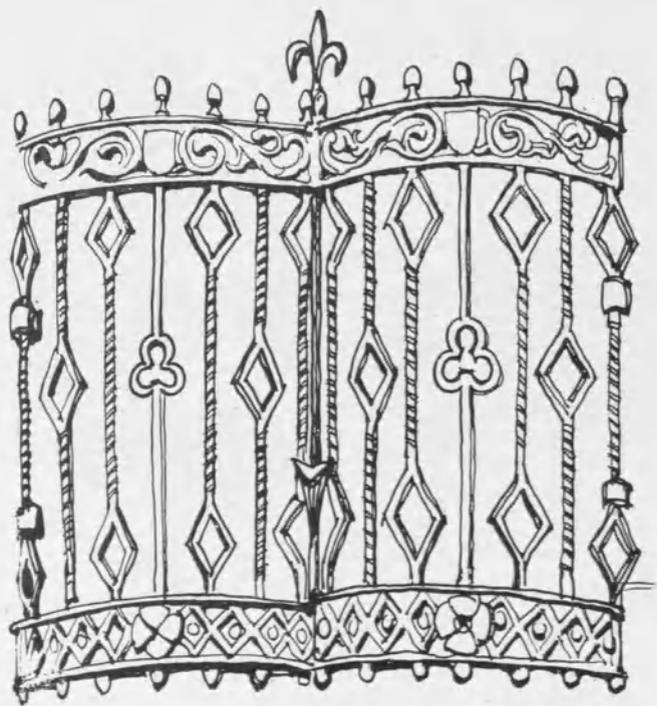
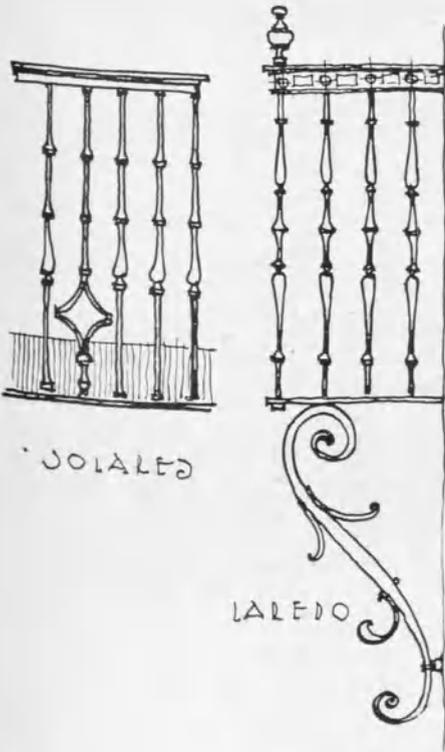
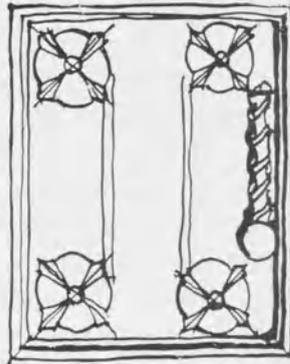
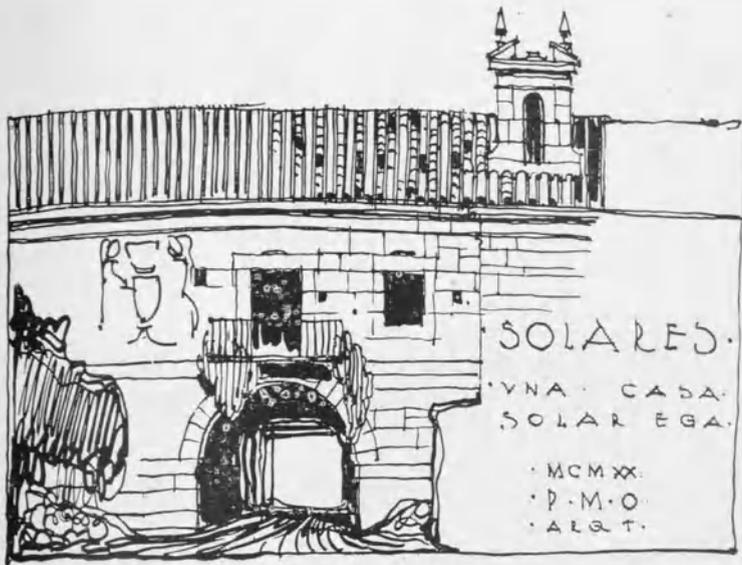
según los casos, siendo muy frecuente ver hermanados en un elemento solo ambos sistemas.

Otro elemento típico es la madera, prodigada gracias a lo abundante de ella en los poblados montes; generalmente, de grandes escuadrias en la construcción entramada, en los soportes y las cubiertas; de grandes vuelos y salientes en los aleros, en los balcones y solanas, muy finamente labrada en algunos de ellos; otros en los que sólo hay labor de hacha y en que sólo queda el sello rudo que deja la manera de hacer de armadores. Más prolija es la labor que recibe la madera en las puertas y ventanas, donde, aparte bastidores y tableros, hay detalles tan frecuentes como lo es el de los montantes en huecos de grandes luces, detalle típico también en el país vasco.

Corresponde al hierro también un papel importante, muy inferior, desde luego, al de los elementos anteriormente citados, pero interesante en su carácter decorativo, como sucede en los trabajos de forja de rejas y balcones, cierres y herrajes, en clavos y manillones, pasadores, etc., de todos los cuales hay ejemplares muy curiosos e importantes.

Es difícil hablar de la casa montañesa sin que venga a la memoria







TOLLE Y CASA SOLAL P LOS CACHOPINES



el triste recuerdo de un compañero muerto, recuerdo doblemente triste, porque a la pena que produce el fin de una vida laboriosa y útil se suma la de ver que se trunca una esperanza...

Rucabado estudió con verdadero entusiasmo, con un afán y cariño admirables, la arquitectura de la montaña: su labor de análisis fué pronto conocida en sus obras y debidamente estimada por lo atrayente para unos, por lo acertado de su idea para otros. En su trabajo de arquitecto afortunado, en ese trabajo que no deja lugar alguno a paz ni sosiego, fué aplicando con cariñoso escrúpulo todos sus estudios y sus observaciones, pasando así los años sin parar en la marcha que se impuso tenazmente.

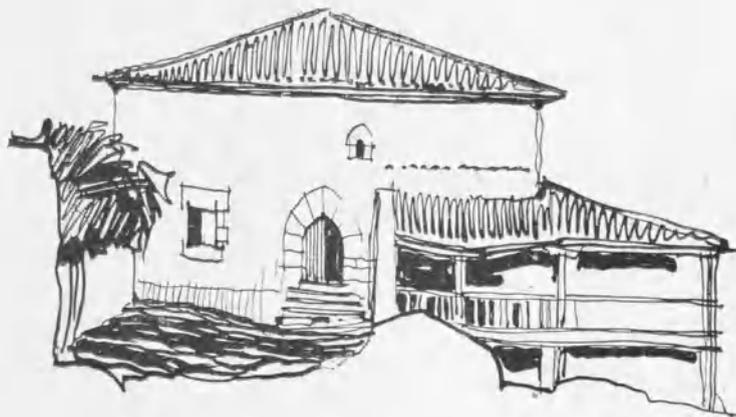
Basta ver sus últimas obras, y, sobre todo, saber de sus postreros planes e ilusiones para poder decir que ya buscaba algo más de lo que había hecho hasta el momento: entraba

en un período de evolución cuando le sorprendió la muerte.

Más adelante, de haber vivido, cuando con los años tomaran otro giro sus entusiasmos y todo su estudio hubiera ido decantándose y depurando; cuando al trabajo de arquitecto en plena actividad, forzosamente, un poco atropellado, hubiera sustituido la calma y el reposo; entonces su labor de síntesis hubiera sido seguramente admirable al contar con tan firme base y tales estudios, consiguiendo entonces el verdadero fruto de ellos.

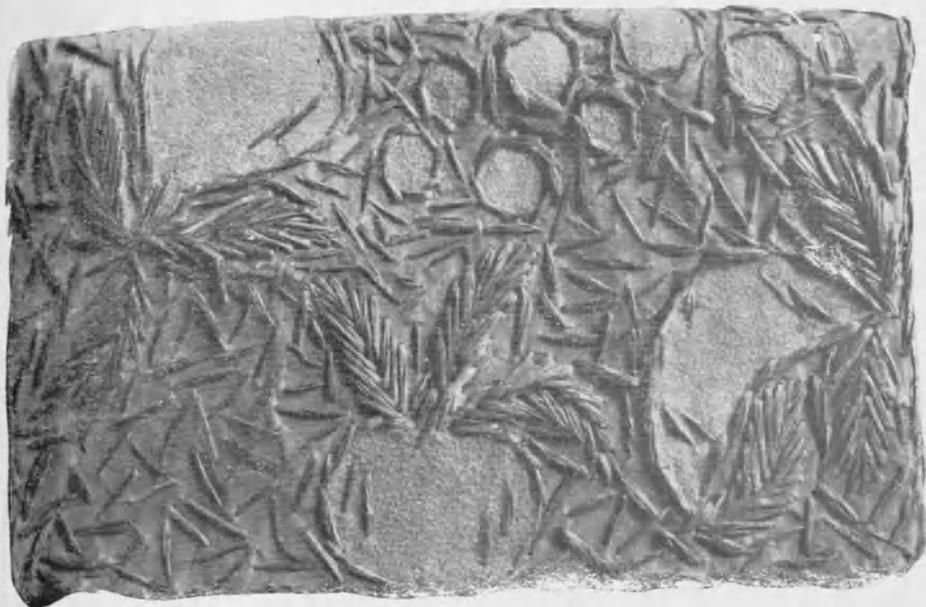
Rucabado iba ya acercándose a ese momento. Pero al acabar sus días, la muerte, despiadadamente, trunció todas esas esperanzas, a un tiempo que arrancaba a la montaña una alentadora realidad.

PEDRO MUGURUZA OTAÑO
Catedrático de Composición
de la Escuela de Artes y Oficios





BAZAR



VARIOS MODELOS

DE LA CASA

FREDDY'S



Bolsillo de señora que ofrece gran novedad por ser de glacé color marrón bordado con piel de ante y con rafia. Es uno de los modelos más nuevos que han aparecido



Este sombrero de glacé negro es un modelo muy original, porque el borde y la tiara son de organdi blanco que ofrece muy lindo contraste con el glacé. El único adorno consiste en una gran rosa negra



Jersey de punto de lana verde oscuro. La vuelta, que por debajo forma bufanda, es de punto escocés, así como los bolsillos. Estos y el cinturón están rematados por grandes flecos de las mismas lanas mezcladas



También este precioso modelo es de organdi blanco bordado en paja negra y con una flor del mismo organdi, en la cual destaca la nota amarilla de los finísimos pétalos que forman la corola

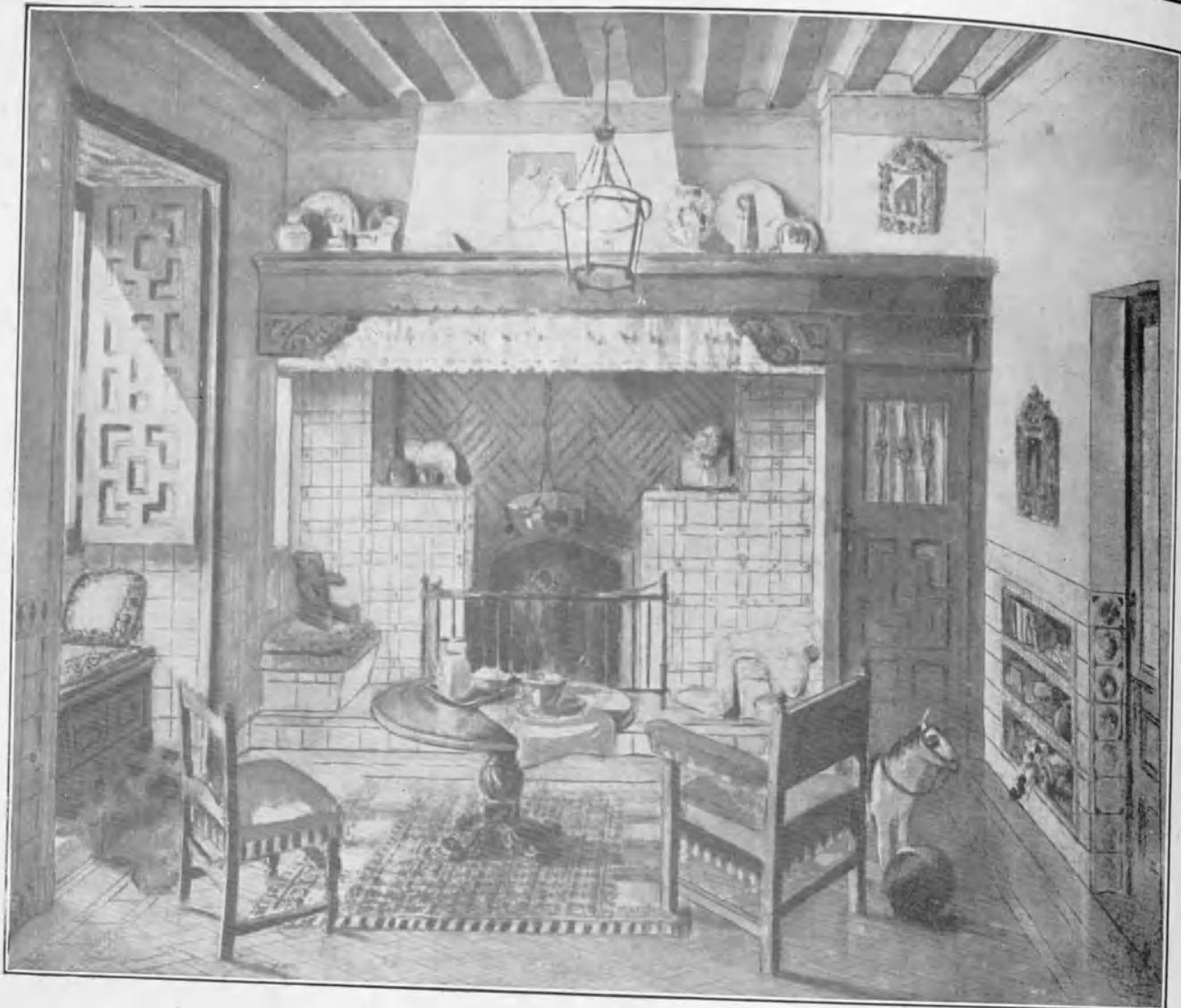


Sombrero elegantísimo de organdi color paja. Está adornado con un gran volante plegado que, cubriendo toda el ala, forma también la tiara. Este volante tiene una cintita estrecha azul «natie» que también rodea la copa



Una sombrilla para campo y plaza de seda listada y que ofrece la novedad de tener el puño de cayada forrado con la misma seda, en la que se combinan con elegancia las rayas

Fots. Larregla



➤ EL CUARTO DE LOS
 NIÑOS SEGUN LA REINA
 DE ESPAÑA ↪ ↪ ↪

Nuestra augusta Soberana ha venido a decir en la Exposición inglesa de modelos de «nurseries», a la que en números anteriores nos referíamos, cómo comprende ella el rincón poético del hogar donde transcurren las horas más felices de la vida de la madre, contemplando a sus pequeñuelos.

Sus dos proyectos de cuartos para niños, que acompañan estas líneas, son a cual más bellos y acabados en detalles.

El primero parece habitación destinada a infantas castellanas de aquellas que quedaron inmortalizadas en los lienzos del gran Velázquez. La puerta y la ventana, adornadas de hierros sevillanos; las vigas y zapatas de la ancha chimenea de ladrillos rojos; el zócalo de azulejos; los alicatados del triso, son de puro estilo del siglo XVII; y se completa la armonía del conjunto con ricas alfombras de la Alpujarra, que des-



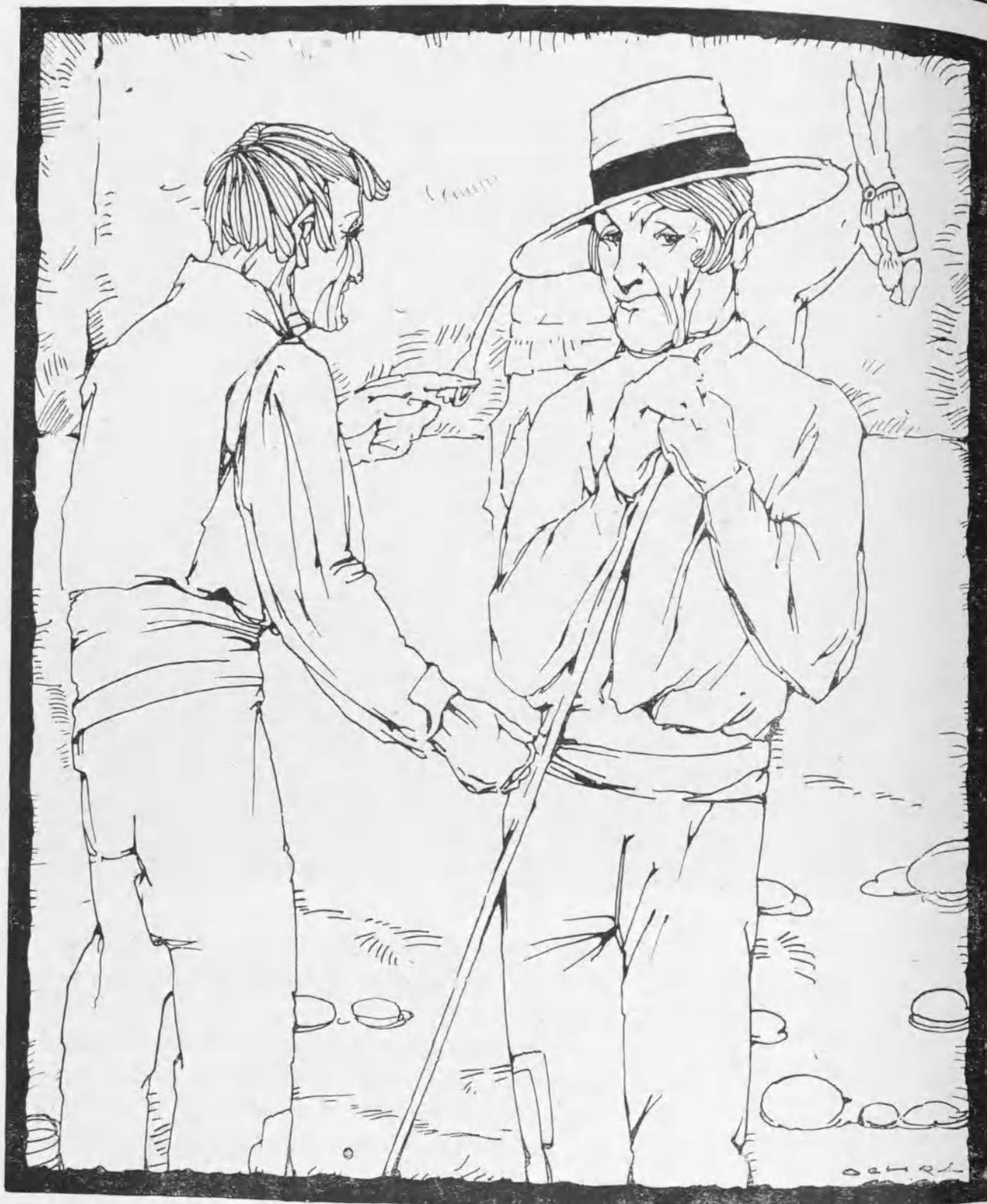
tacan sobre el suelo de alambrilla y espléndida cerámica de Talavera y Manises que se ostenta en la arandela de la chimenea.

En el segundo proyecto predomina el encanto del estilo mudéjar. Bajo ancha ventana árabe ornada de azulejos sevillanos se extiende un diván con almohadones de telas alpujarreñas. Las sillas mayorkinas pintadas, los cacharros de Talavera y Fajalanza, las alacenas árabes, todo allí evoca el recuerdo de nuestros maravillosos palacios moriscos.

Muy grato debe sernos al contemplar estos modelos que se han exhibido en Londres, ver cómo S. M. la Reina tuvo especial cuidado en elegirlos netamente españoles, y que, enamorada de las bellezas de nuestro estilo castellano, ha querido dar a su patria nativa, espléndida muestra de lo que fué el arte español y de lo que puede volver a ser, permaneciendo fiel a sus gloriosas tradiciones.

MARÍA SEPÚLVEDA





② EL BURRO CORTO ②

Una calle o una plaza o un campo; da lo mismo. Lo indispensable es que a la derecha o a la izquierda haya una casa de pobre apariencia, con su puerta de entrada. Es de día. La acción, en Sevilla. Epoca actual.

(Al levantarse la cortina está en escena, ante la puerta de la casa citada y remendando unos trapajos, MAGDALENA, vieja gitana, limpia y simpaticona. Por el lado opuesto entra BARTOLO, hombre de pueblo, de mediana edad.)

BAR. Buenas tardes.

MAG. Salú, cabayero.

BAR. ¿Es aquí ande Garabito?

MAG. Aquí es, sí señó.

BAR. ¿Y está?

MAG. Según pa lo que sea.

BAR. Pa vé si me arquila un borrico.

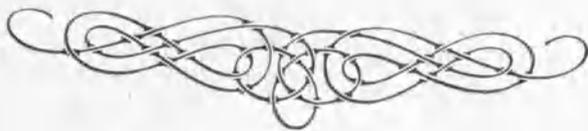
MAG. Aguardusté. *(Llamando hacia dentro.)* ¡Garabito!... Ascucha, Salomé; dile a tu padre que sarga, que aquí vienen preguntando por un bo-

- rrico... (A Bartolo.) Deseguida sardrá. Asiéntese usté una mijita, cabayero.
- BAR. (Sentándose.) Muchas gracias.
- MAG. (Pretendiendo ensartar la aguja.) ¡Mardesía vejé y cómo se pone una! Tenía yo enantes una vista, que, no le desajero, veía yo hasta er sueño de las cosas; pero ahora, los mengues me lleven, pa ensartá la aguja, por más que le doy coba al jilo y le guiño al ojo, paso las morá. Lo que hago, sabe usté, es poné una hebra mu larga pa no tenerla que ensartá na más que de tarde en tarde. Ahora que hay veses que pongo tanto jilo, que doy la puntá y pa rematarla tengo que dirme con la aguja a la esquina. Vajeses, señó.
- BAR. ¿Y qué es lo que hase usté, remendá?
- MAG. No, señó; ojalá.
- BAR. ¿Cómo?
- MAG. Digo que estoy hasiendo unos ojales. (Mirando hacia la puerta.) Aquí está ya Garabito.
- GAR. (Gitano como de cincuenta años, muy meloso y quita pelusas.) Güenas tardes tenga su mersé.
- BAR. Buenas tardes.
- GAR. Usté dirá en qué pué servirle un servió.
- BAR. Pos a vé qué burro podía usté alquilarme pa mañana.
- GAR. Mal ando de bestias, compare; está ahora er ganao por las nubes, pero yo procuraré servirle como usté se merese.
- BAR. Muchas gracias.
- GAR. Dos burros tengo na más y están mas solisitaos que un Gobierno siví. Tengo uno, moruno por más señas, que no alevanta dos cuartas der suelo, pero que tiene un cuello que lo engancha usté a la Torre del Oro y jala y le lleva a usté la Torre del Oro a Gibartá. ¡Vaya un animalito! ¿Lo quié usté pa enganchao?
- BAR. No, señó; pa montao.
- GAR. Entonses llévese usté el otro: er Cangrejo. Ese, de cuello es argo frío, pero de patas está superior. ¿Quié usté verlo?
- BAR. Sí, señó.
- GAR. Agüela, hagasté er favó de sacá ese cromó pa que vea el amigo cosa güena.
- MAG. Ahora mismito. (Entra en la casa.)
- GAR. Es un burro que se para la gente pa verlo pasá. Engayao, postinero, fachendoso... Un burro que venía pa caballo y se queó en burro no sé por qué. No será pa í muy lejos, ¿verdá?
- BAR. Cuatro leguas; ahí, a una finca de Dós Hermanas.
- GAR. Pos va osté a creé que va en una meseora, porque tié el animalito un paso nadao que más que andá se balancea.
- BAR. Será noble, ¿no?
- GAR. Noble y desente. Ve una burra y como sí viera un simenterío. Está educao por mí, no le digo a usté má.
- MAG. (Entrando en escena con el burro.) Anda, Cangrejo...
- GAR. Místelo. Mirusté qué manos y mirusté qué jechuras de animal. Es una fló.
- BAR. No es feo, no.
- MAG. ¿Feo? (A Bartolo.) ¿Le has conta lo de Zorrilla?
- BAR. ¿Qué es lo de Zorrilla?
- GAR. Ese pintó tan afamao, señó...
- BAR. ¿Zorrilla? No me suena a mí ese pintó.
- GAR. Tié usté rasón, que no es Zorrilla, que es Sorrolla.
- BAR. ¡Ah!
- GAR. Güeno, pues Sorrolla me lo ha querío arquilá pa copiarlo. Sólo que yo le dije que naranjas de Pekin.
- BAR. Pues el trabajo de modelo es un trabajo mu descansao.
- GAR. Sí, señó; pero se envisian los animales. Seis meses estuvo sirviendo de modelo la Pitirrosa, que era una yegua que parecía una señorita de elegante que era, y se engriyó en lo der modeleo y no sabe usté los torosones que me hiso pasá. Ná, que me amontaba en ella y me echaba ar campo, y como en esta condená tierra hay tanto pintó, en cuanto que el animá veía a un tío pintando se paraba delante y se quedaba dos horas como una estatua. No tié usté idea de lo que le gustaban a la yegua los caballetes.
- BAR. Bueno, pues a mí este Cangrejo me hase clase, de manera que mañana a las siete me lo tiene usté aparejao, que yo vendré por él.
- GAR. ¿Va usté a tenerlo to el día?
- BAR. Hasta las tres de la tarde.
- GAR. Pos le cuesta asté seis pesetas.
- BAR. ¡Chavó, Garabito!
- GAR. (Alargando la mano.) Y pago adelantao; es condisión mía de siempre.
- BAR. ¿Eso también?
- GAR. Y otra cosa. Si a usté no le conviniera mañana el burro, aquí no se devuelve el parné. Es también condisión mía de siempre.
- BAR. Pues sí que tiene usté unas condisiones, compadre... Porque figúrese usté que yo mañana amanesco con un cólico; ¿me pué usté desí qué hago?
- GAR. Purgarse.
- BAR. ¡Hombre!...
- GAR. No se canse usté: peseta que entra en la faltriquera de Damián Garabito, no vuelve a salí aunque se junda el firmamento. Conque usté dirá si le convienen o no le convienen las condisiones...
- BAR. Vaya que sea. Aquí tiene usté. (Le da las seis pesetas.) Y ya sabe usté; mañana a las siete, aparejao.
- GAR. Hasta mañana.
- BAR. Hasta mañana, cabayero. (Bartolo inicia el mutis)

- y queda un instante encendiendo un cigarrillo). Agüela, cójalo usté del ronsá y lléveselo usté otra vé al grillrum (Arreando). Anda pa alante, Cangrejo. (Hacen mutis los dos con el burro).
- BAL. (Entrando en escena precipitadamente). Hombre, gracias a Dios, buscándote venía, Bartoliyo.
- BAR. ¿A mí?
- BAL. Me dijo tu madre que habías venío a en cá Garabito a arquilá una bestia pa dí mañana a vé esas tierras que están en venta y me dije: a ver si llego antes de que arquile ná, porque tú mañana no vas a Dos Hermanas.
- BAR. ¿Por qué?
- BAL. Porque mañana quiere don Jerónimo Suare vé si su sobrino sirve o no sirve pa el toreo y ha compraó un toro y lo va a torear el sobrino ahí en la venta de Cuchara y aluego nos vamos a comé er toro.
- BAR. ¡Chavó!
- BAL. Una comilona que vas a vé. Hay ochenta invitao y m'ha dicho don Jerónimo que er vino no lo van a llevá ni en botellas ni en barriles, sino en un artomovi de esos de regá.
- BAR. ¡Bardomero! ¿Y estoy yo invitao?
- BAL. Como que me dijo don Jerónimo: tū, Bardomero, que no fartes, por tu salud, y dile a Bartoliyo er correó que venga también, que quiero yo oí cantá unas marianas con estilo.
- BAR. (Mirando hacia la casa) ¡Merdita zea!... Pues no voy a dí.
- BAR. ¿Por qué?
- BAR. Hombre, por no regalarle seis pesetas a Garabito. Le he alquilao un burro y hasta se lo he pagao, y como me ha dicho que utilise o no la bestia, er dinero ya es suyo, no voy a la juerga por no dejarme pimpeá veinticuatro reales.
- BAL. ¡Ah! ¿Pero er típ ese no te va a degorvé las seis pesetas?
- BAR. No me las devuelve, Bardomero; dise que peseta que entra en su borsillo es como si cayera al río.
- BAL. ¿Y es un burro lo que has alquilao?
- BAR. Un burro.
- BAL. Escucha, ¿si te devuelve las seis pesetas, me das dos?
- BAR. Te doy tres.
- BAL. Pues llama a ese hombre y dile que saque ar burro, que quiero yo verlo.
- BAR. ¿Qué vas a hasé?
- BAL. Tú llámalo, y aluego, cuando yo hable, llévame la contraria.
- BAR. Está bien. (Lamando) ¡Garabito!... Hombre, haga usté er favó de sacá otra vé ar burro pa que lo vea aquí este amigo.
- GAR. Allá va.
- BAR. Pero oye, tú, Bardomero...
- BAL. Déjame a mí, que yo soy de Esija, no te digo má.
- GAR. (Otra vez con el burro). Aquí está la prenda, ¿qué pasa?
- BAR. Ná, aquí, Bardomero, que como le he ponderao yo al animá, quería verlo.
- GAR. Por recréese usté los párpados cabayero.
- BAR. ¿Qué te parese?
- BAL. Lo que yo me estaba temiendo, Bartoliyo, que no nos va a serví.
- GAR. Lo que entenderá usté de cuadrúpedos, cabayero.
- BAL. (Examinando y midiendo con la mano el largo del burro). Na, hombre, que no nos va a serví.
- BAR. ¿Crees tú?
- BAL. Claro, hombre; ¿no estás viendo que es corto?
- GAR. ¿Corto este burro y es un galgo el animalito?
- BAL. (Volviendo a medir). Corto, señó, es corto.
- GAR. ¡Los mengues me trajelen! ¿Pero qué dise este típ?
- BAL. (A Bartolo). Mira y convénsete. Aquí... (Señalando en el lomo del burro) se monta Benito, aquí José María, aquí Sipriano, que es er que más pesa, aquí tú, ¿y yo voy a dí a pie? Es corto, hombre.
- BAR. Tienes razón.
- GAR. (Abrazado al burro). Madresita mía, cuatro lenguas con cinco mulos ensima... me lo matan.
- BAR. (A Baldomero). Bueno, ¿y qué hacemos, tú?
- GAR. Oiga usté, cabayero, tié usté razón: es corto. Tome usté sus seis pesetas. (Se las devuelve). Y si lo que usté quiere alquilá es un riper, lléguese usté a la cochera Sevillana a ve si lo hay.
- BAR. Pero...
- GAR. ¡Chavó, amontarse sinco!... Ni que fuera er palo de una cucaña.
- BAL. Pero si no pensábamos haber dío montaos, que es mu incómodo, sino sentaos...
- GAR. ¿Sentaos?... Bueno, vayan ustés con Dió.
- BAR. Salud... (Inician el mutis).
- GAR. ¡Mardita sean los mengues!... ¡Sentaos!...
- MAG. (En la puerta de la casa). ¿Que pasa Garabito?
- GAR. Esos gachós, que querían arquilá por seis pesetas er coro de la C-atedrá.

TELON

PEDRO MUÑOZ SECA



Un fumador

precoz 



¡Está muy bueno!



¡Veamos cómo está un pitillo!



¡¡Riquísimo!!



¡Pero... ya no me sabe tan bien.



... y ¡que malo me he puesto.



¡¡Que borrachera he cogido!!

EL AMA DE CASA

: RECETAS DE COCINA :
: Y CONOCIMIENTOS ÚTILES :

En esta época interesa al ama de casa conocer la manera de preparar bebidas refrescantes que tanta aceptación tienen en todas sus partes, y más aún en el campo después de algún largo paseo o ejercicio de sport.

Para las personas dedicadas a este y que al terminar sus partidas de tennis o de golf antes de la hora del almuerzo desean ofrecer a sus invitados un refresco que sea al mismo tiempo un aperitivo indicamos el que sigue:

Se preparan en una jarra grande dos botellas de jerez y una de agua añadiéndoles hielo. Se cortan trocitos de melocotón, manzana, melón, algunas uvas o fresas, según la época, y dos rajitas de limón añadiendo todo esto al vino y dejándolo un buen rato en remojo antes de servirlo. Esta bebida tiene la ventaja de que abre el apetito al mismo tiempo que refresca agradablemente.

Lenguas de gato.—En una ensaladera de porcelana se baten a punto de merengue seis claras de huevo con ocho cucharadas de azúcar molida y un poco de vainilla, agregando, sin dejar de batir, una copa de nata de leche y un cuarto de kilo de harina.

Sobre una chapa de hoja de lata engrasada con mantequilla y espolvoreada de harina, se van echando con un cucurucho de papel, palotes de masa separados unos de otros y no muy largos espolvoreándolos con almendra tostada y molida y metiéndolos en el horno a fuego regular hasta que se doren ligeramente. Estas pastas son muy útiles para servir las con un helado, adornando este o en fuente aparte.

Helado de café blanco.—Puestos a cocer dos cuartillos de leche con un cuarto de kilo de azúcar, cuando empiece a hervir la leche se introduce en el cazo una muñequilla de hilo blanco muy fino con 100 gramos de café tostado en grano. Se retira y vuelve a acercarse al fuego hasta que haya subido tres veces, pasando luego la leche a otra vasija, que no ha de ser de metal, y sin sacar la muñequilla se deja enfriar durante unos tres cuartos de hora, al cabo de los cuales se echa en la heladora.

Cuando esté a medio helar, se añaden dos claras de huevo bien batidas, agitándolas mucho con el helado para que esté muy fino. Para que salga con facilidad del molde, introdúzcase este en el momento de servirlo en agua caliente.

CORREO DE

«VOLUNTAD»

María de Valencia.—Puesto que sus medios de fortuna se lo permiten no debe usted privar a sus hijos de esas clases de adorno que si no necesarias, contribuyen siempre a hacer la vida agradable, y no pocas veces despiertan en el corazón amor a lo bello. Busque maestros de reconocidas aptitudes en la enseñanza de la música, del dibujo y de la pintura y procure, desde luego, que esos estudios no perjudiquen nunca a los de verdadera importancia que deben ser sagrados para el niño.

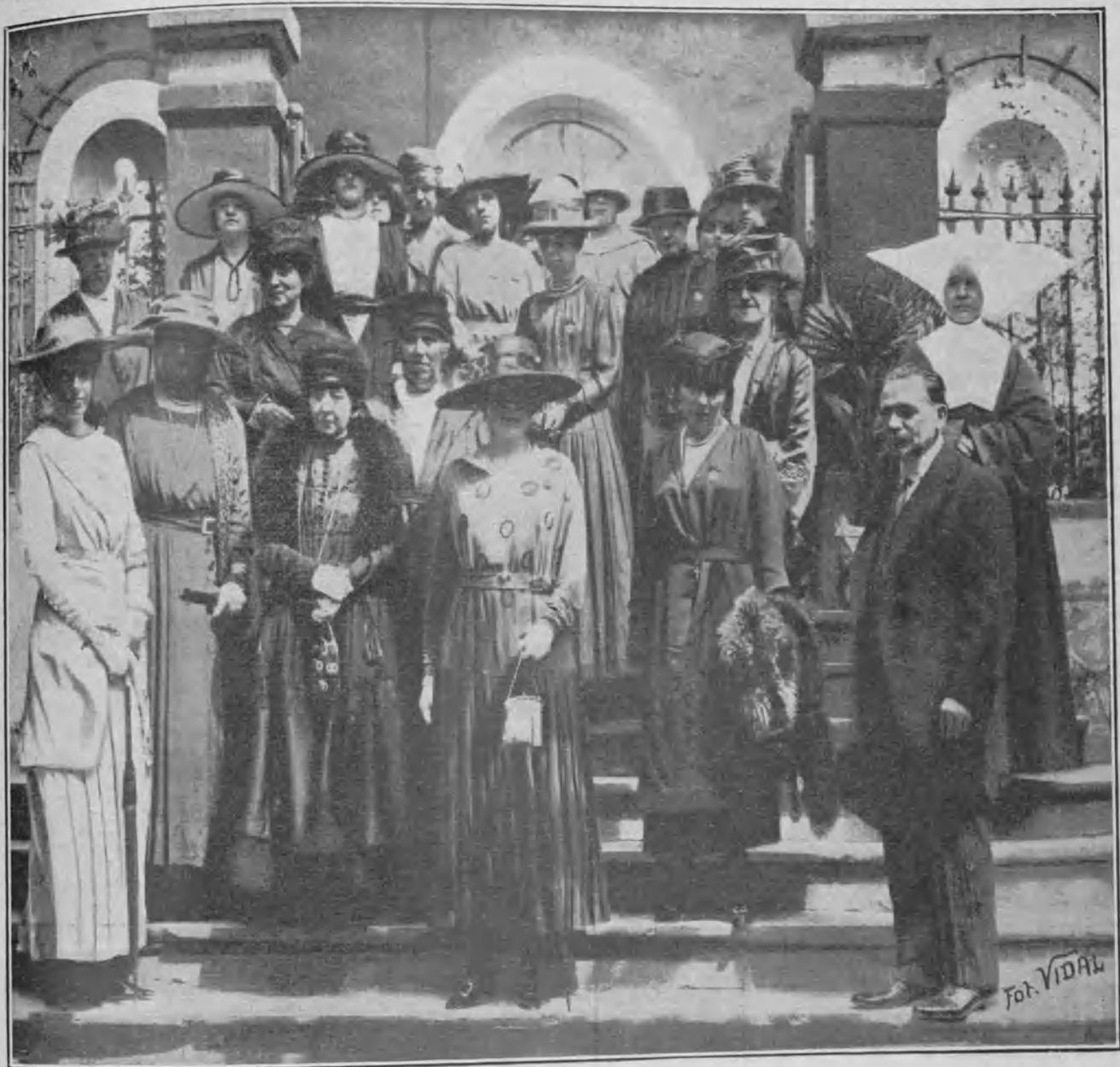
Una terciaria.—La Asociación de Caridad Franciscana se dedica en efecto a la confección de ornamentos y ropas para Iglesias pobres, pero es condición imprescindible para tener derecho a percibir ese socorro, que en la Parroquia se halle establecida la V. O. T.

Juliana.—Probablemente esos vasos antiguos estarán empañados por haber servido a menudo de floreros. Si la sosa no le da resultado para limpiarlos, pruebe a hacerlo con buen vinagre muy fuerte mezclado con un poco de agua. Déjelos llenos un rato largo y aclárelos después con jabón y agua caliente.

M. R. V.—Muy interesante es el caso que nos cuenta y puede usted continuar en su caritativa empresa sin temor alguno, porque la ley de 13 de Marzo de 1900 prohíbe no sólo el que las mujeres menores de edad trabajen en talleres donde se confeccionen escritos, anuncios, pinturas, etc., de los que caen bajo la acción de las Leyes Penales, sino también de aquellos que en algún modo puedan herir su moralidad.

1830.—Si el chal de Cachemira está roto en parte, puede usted aprovechar muy bien los pedazos buenos para hacer bolsillos: zapatillas que resultan muy bonitas, y también para adornar algún traje. El suave colorido del cachemire legítimo es siempre lindísimo.

A. V.—Conviene que después de una gran comida se ocupe usted misma de guardar o de dirigir el arreglo de la vajilla y cristalería fina en los aparadores y armarios. De este modo evitará sorpresas desagradables que origina el descubrir la falta de algunas piezas cuando se cuenta con ellas. Procure no recargar de trabajo a los criados, así podrá exigirles el exacto cumplimiento de su obligación.



S. M. la Reina doña Vitoria saliendo del Asilo de San José de presidir una Junta de damas de la Cruz Roja (Foto Vidal.)

SANTANDER Y SUS INSTITUCIONES BENÉFICAS

EN LA CIUDAD CANTÁBRICA, HAN SIDO fundadas gran número de obras benéficas que se agrupan en la Casa de Caridad: *Inclusa, Asilo, Hospital, Comedores, Casa-refugio, Baños* y cuya descripción omito por ser semejante a otras del que se ocupó la Revista.

En el Colegio de Hermanas de San Vicente de Paúl (pero con entradas independientes por la calle de Gibaja y la del Rincón) están instalados, la *Cocina económica* y la *Gota de Leche*.

En el Asilo de San José, además del Colegio, Pensionado, Escuelas gratuitas, con *cantina escolar*, tienen las Hermanas que atender al *Dispensario Antituberculoso*, abierto muy cerca de ellas y dónde no sólo se da asistencia médica y me-

dicinas sino también alimentos servidos en un *Comedor* que forma parte del Dispensario.

En la plaza de las Escuelas están domiciliados los *Sindicatos femeninos* y la *Junta de Damas de la Acción Social*.

Próximamente S. M. la Reina dará principio a la instalación del *Dispensario de la Cruz Roja*, de la Sección de señoras, para que las *Damas Enfermeras* (de honrosa historia durante la epidemia de gripe) continúen prestando servicios ya iniciados en el Hospital de San Rafael.

Instituidas las Asociaciones de *Protección a la joven, Trata de Blancas* y *Protección a la Infancia*, se han fundado conventos de Trinitarias, Adoratrices y Oblatas, Asilos y Cantinas escolares que completan la obra de las primeras, cooperando a la labor.

EN LA VERBENA



—¡Vengan, señores! ¡Ved aquí la mujer cañón, que sostiene a toda una familia!
—¡Vaya una gracia! ¡Hace veinte años vengo yo sosteniendo a la mía y no lo pregonó a voz en grito!



LOS GRANDES MAESTROS
SAN FRANCISCO

(Cuadro de Zurbarán)



ESPECIFICACION DE VALORES



COMENZANDO POR lo más sencillo, *especificación de valores* es la operación que hace el cajero de un banco poniendo en un cestito las doblillas o las onzas de oro y en otro los duros y en otro las pesetas y así con todas las demás clases de moneda, respectivamente.

En el orden biológico la especificación comienza desde los primeros grados o escalones de la escala animal. Los más imperfectos animales apenas tienen en su organismo distinción de tejidos; y la sensibilidad indistinta y confusa de que gozan, la tienen dispersa, aproximadamente por igual, en todo su cuerpo. Mas a medida que se va subiendo en esa escala, los valores se especifican, y las funciones, especificándose, se perfeccionan, dando así lugar a la consiguiente perfección respectiva de los organismos. Y el ojo es ojo y ve, pero no oye; y el oído oye, pero no gusta; y las papilas del gusto no tienen mucho que ver con las destinadas a percibir los olores.

En el orden social ocurre algo parecido. El salvaje realiza por sí mismo todas las funciones necesarias a la vida. Cuando el progreso se inicia, se inicia también a la par la distinción de valores y funciones. Y esta distinción, propulsora del progreso, se va acentuando tanto más cuanto más adelantan y se perfeccionan las sociedades.

Mirando alrededor, podemos verlo bien a las claras. Toda sociedad aspira a tener órganos especiales para cada una de sus funciones. Estos órganos son las clases sociales, las profesiones, los gremios... Cada uno ejer-

ce especialmente una función, de la cual es el todo el que se beneficia. Un órgano para la defensa material (ejército, policía...), otro para la defensa jurídica (jueces, abogados...), otro para la religión (clero), otro para la enseñanza (profesorado), y otro y otro y otro para la producción (agricultura, industrias...) y otros para el cambio (comercio, banco...), etc., etc.

Estos órganos o gremios o clases sociales no deben ser cartas cerradas, evidentemente; pero deben mantener su especificación y acentuarla, aún a través de sucesivas generaciones. Que más probabilidades tiene de ser buen agricultor el que se ha criado en el campo, que el hijo del oficinista de ciudad; y por lo común los marinos no se reclutan sino en marítimas zonas.

Ciertamente que contra esta especificación pudieran aducirse argumentos. Para valer mucho en algo es preciso dejar de valer algo en todo. No seré buen ingeniero si me empeño en saber también algo de farmacia y de medicina y de leyes y de sastrería y de música... cosas todas que ¡me serían, sin embargo, tan útiles! Pero no debo considerarme aislado, sino en sociedad; y vistas así las cosas, ¿qué duda cabe que lo mejor es que cada uno ejerza *su función*, con la mayor perfección posible?

Pero es lo malo, que estas funciones, a causa de su misma diversidad, se clasifican espontáneamente en una cierta jerarquía. Y al clasificarse jerárquicamente las funciones, quedan sin poderlo remediar, paralelamente clasificados los individuos que las desempeñan.

Y así resulta que unos individuos están más altos y otros más bajos...; que el pie marcha arrastrándose contra el suelo, soportando el

peso del cuerpo y expuesto a tropezar con cualquier obstáculo, mientras la mano va suspendida cómodamente del hombro, y a su vez el ojo muy resguardadito y muy noble y con todas las preeminencias, en lo más alto de la cara.

Y como todos estos órganos pertenecen a un mismo cuerpo, parece por momentos irritante el trato tan desigual que le toca en suerte a cada uno. Afortunadamente los órganos del cuerpo no protestan, ni tienen la menor noción de la igualdad de trato y de funciones, que en el organismo de la amíeba le corresponde. Por ésto, no es a ellos precisamente a quienes se refiere San Pablo en aquel hermoso párrafo de su primera carta a los corintios? «No es el cuerpo un sólo miembro, sino muchos... Si todo fuese ojo ¿dónde el oído? Si todo oído ¿dónde el olfato? Por eso puso Dios distintos miembros, cada uno según le plugo... No puede a la mano decirle el ojo: no me sirves para nada. Ni la cabeza a los pies: no tengo necesidad de vosotros... Sino que Dios atemperó el cuerpo para que no haya cismas en él y para que unos por otros estén los miembros solícitos...»

Los hombres, empapados en el espíritu, que movía a escribir a San Pablo, lo entendieron —que para ellos iba; y crearon aquella sociedad tan armoniosamente jerárquica y progresiva de la Edad Media, que hoy admiramos. Mas cuando se apartaron del Espíritu, desoyéndole, trastocaron el concepto de igualdad, que Cristo les había enseñado, y decretaron que todos eran capaces de todo y habían de servir para todo y de igualarse en todo—. Esta fué la obra de la Revolución, que no hemos de desentrañar ahora.

Pues ¿a propósito de qué traemos estos conceptos?... —A propósito del feminismo.

A la mujer se le pide hoy una actuación social mayor que la que hasta ahora vino desempeñando. Pero esto, no sólo a la mujer,

sino también al hombre. El cual siendo social por naturaleza, tanto es de alguna manera, más hombre, y tanto más progresa y se perfecciona, cuanto más socializa sus esfuerzos, que en la compenetración con los esfuerzos de los demás, mutuamente se fecundizan, cuanto más solícitos estén unos por otros los miembros, según la expresión de San Pablo. Todo esto sin perder de vista, claro está, la naturaleza del individuo y de la sociedad, que por él y para él, para suplir y fecundar su acción existe.

Se le pide, pues, a la mujer una mayor actuación social. Pero ¿en qué sentido ha de dirigirse?...

Lo lógico, según lo dicho anteriormente, sería buscar en la mujer aptitudes, cuanto más especiales mejor; y aún si no las hubiera crearlas... Y dirigiendo luego una mirada a la sociedad, buscar funciones, que a aquellas aptitudes correspondieran. Y si esas especiales funciones no existieran aún distintamente, crearlas también, es decir, desgajarlas de otras en las que van de seguro malamente confundidas.

¿Parece esto lo lógico?... Pues, sin embargo, no suele hacerse así. Antes, al contrario, todo es fijarse en los hombres y en lo que los hombres hacen, y discutir si las mujeres lo pueden hacer como ellos, y si han de ser iguales en derechos, y consiguientemente en deberes, aunque de ésto no se hable tanto.

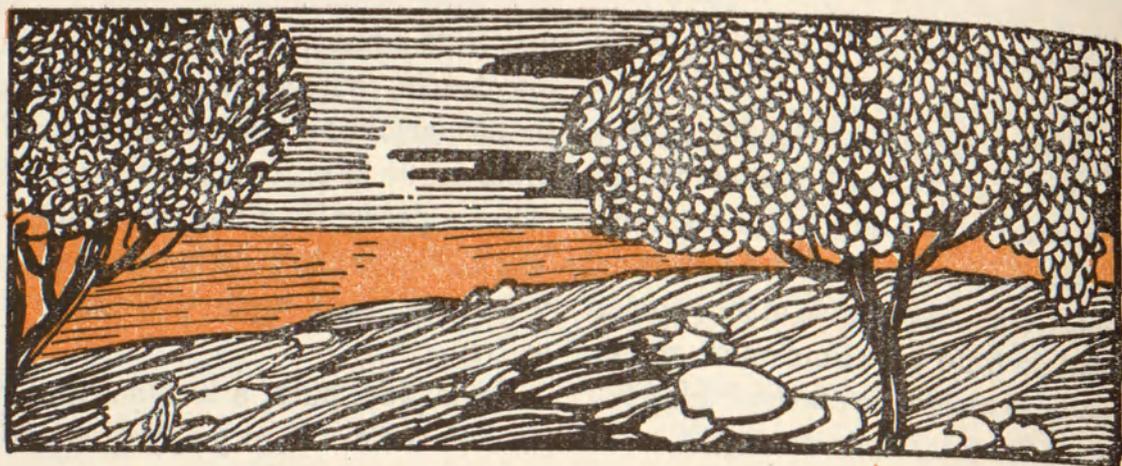
¡Igualdad! ¡Igualdad! Sólo se da en el salvajismo. Porque una igualdad lleva a otra: la de derechos a la de deberes; y las dos han de apoyarse en la igualdad en funciones.

No, no: la igualdad humana no se mueve tan a flor de tierra. El ojo y el pie y la mano son iguales porque tienen la misma vida y se alimentan de la misma sangre y se ordenan a un semejante destino. La igualdad entre los hombres cala todavía más; pero esto es tema de teología.

FR. ALBINO G. MENÉNDEZ-REIGADO

O. P.





CANTARES PARA LA NOCHE

N

OCHE EN EL ALMA, LLANTO EN LOS OJOS,
sombra en el valle, sombra en el monte:
todo es tinieblas,
todo es terrores;
grito y no vienes: todo es silencio,
nadie responde.
Nubes de luto,
cielos de bronce,
lóbregos senos de las llanuras,
de las montañas y de los bosques;
ya no hay estrellas, ya no hay caminos,
ya no hay canciones,
ya no hay hogueras en las ermitas
ni en las cabañas de los pastores...

II

Alma, no tiembles;
alma, no llores:
¡Dios da cantares
para la noche!
Que en los desiertos, en las tinieblas,
hay una fuente que mana y corre;
mas se la escucha con el silencio,
mas se la siente cuando es de noche,
Durante el día
cantan los hombres,
vibran sus ruidos,
suenan sus voces:
la fontecica
ya no se oye.
mas con las sombras, con el silencio,
vuelve a sentirse su dulce acorde.
Dios da cantares
para la Noche.

III

Siervo del día, sordido esclavo
de los semblantes y los colores,

de lo que brilla, de lo que miente,
de los sonidos y las canciones,
¿por qué no escuchas
las de tu alma, las interiores?
¿por qué no escuchas la fuentecilla
que mana y corre?
¿Para qué buscas luces y hogueras,
largos caminos engañosos?
¡Si esos caminos de las llanuras,
de las montañas y de los bosques,
van todos ellos hacia la muerte,
como los hombres!
¿Para qué quieres
ruidos ni voces;
para qué, días;
para que, soles?
Ama el silencio,
vive en la noche,
busca la fuente
que mana y corre.

IV

¿De dónde viene la fuentecica?
¿de dónde mana?, ¿de dónde corre?
¿late en mi pulso?, ¿brotó en mi pecho?:
¿surte del valle?, ¿baja del monte?
Yo no la veo,
porque es de noche;
mas siento el dulce rumor del agua,
siento sus voces,
sus voces puras,
yo no sé dónde,
como palabras que algo me dicen
y me responden,
como gemidos y cuchicheos...
Fuente de amores,
fuente de vida:
¿por qué te escondes?
Santa tiniebla,
dulce es la noche:
yo ya no quiero la servidumbre
de los semblantes y los colores;
yo ya no busco luces ni hogueras
por las montañas y por los bosques;
yo ya no quiero
días ni soles,
ni esos caminos
engañosos;
busco la fuente
que mana y corre.
¡Dios da cantares, Dios da caminos
y enciende estrellas para la Noche!

RICARDO LEON

SAN
FRANCISCO



DE
ASIS

DOS GRANDES FIGURAS DE LA HISTORIA



FECHAS MAGNIFICAS EN LA HISTORIA DEL Cristianismo: en 1182, nace en Asís San Francisco; en 1215, el Papa Inocencio III aprueba la Orden Seráfica en el Concilio general de Letrán; en 1223, el Papa Honorio III confirma los Estatutos de esa Orden que ha de llevar el nombre de la de los «Pobres Menores».

Después los hijos de San Francisco tomaron el título de «Hermanos Menores», según dice un autor, «para no tener motivo ni de glorificarse con la pobreza de que hacían profesión». En 1225, queda fundada la devoción de Nuestra Señora de los Angeles con todas las preeminencias que pone cada una un día de perdón en el anhelo y amarguras de los hombres; en 1226, fallece San Francisco en los brazos de sus hijos, el sábado 4 de Octubre, a los cuarenta y cinco años de edad, en el veintinueve de su conversión y en el diez y nueve de la fundación de su orden. Fué tan humilde que no quiso recibir las órdenes religiosas: no pasó de diácono. Fué tan amigo de la pobreza que no quiso que los Pontífices fundaran un fondo de auxilio para los innumerables conventos que en todo el mundo había fundado. Fué tan vencedor de su propia naturaleza que siendo aseado, limpio, enemigo de la suciedad, se abrazaba a los leprosos y los besaba en el lugar más hediondo, donde las pústulas habían brotado con más fuerza. Cuando pudo, después de haber sembrado el amor de Jesucristo por todas partes, abandonó el generalato de los franciscanos y se retiró al monasterio primitivo. Allí vivió entre oraciones, martirios y angustias. Cuando sintióse gravemente enfermo despojóse de toda ropa. Y se arrojó al suelo porque quería fallecer como Jesucristo, desnudo y en la Cruz. El jefe de la casa, tomó una túnica vieja y una cuerda de esparto y dijo a San Francisco: «como pobre que eres te doy ese traje de limosna, y como obediente que has de ser te ordeno que te vistas.»

Después de haber fundado la orden de los «Pobres Menores»

fundó la de las «Clarisas» con el auxilio de aquella intrépida e inteligentísima mujer que se llamó Santa Clara. Movidas de los sermones y de los ejemplos de San Francisco innumerables personas casadas de uno y otro sexo deseaban retirarse a los claustros para pasar en penitencia los días de la vida. Pero el Santo de Asís les hizo reconocer que en todos los estados se podía santificar la existencia y entonces fundó la admirable «Tercera Orden», que se ha difundido maravillosamente por toda la tierra y que según el último cómputo tiene inscritos once millones setecientos mil fieles.

San Francisco fué una vez acometido cuando marchaba a Ancona por una turba de criminales. Pidiéronle dinero. El dijo que no lo llevaba. Obligáronle a desnudarse del hábito pero como era tan viejo el paño y tan ll no de remiendos, los bandidos no lo aceptaron. Hartáronse de apalear al Santo y éste con sus manos unidas ofrecía a Dios el sacrificio. Uno de los bandidos gritó: —¿Quién eres tú que no te defiendes? ¿Quién eres tú que no gritas cuando te castigan...?

—Soy —contestó el Santo— el hijo de Dios que quiere sufrir tanto como el Padre y que os agradece esta violencia que conmigo habéis usado.

Unos de los réprobos se estremeció. Fué detrás de San Francisco abandonando a la partida de bandoleros y cuando le pareció oportuno se acercó al viajero diciéndole, puesto de rodillas: —Perdona lo que he hecho. Quiero ir contigo. Tú salvarás mi alma. San Francisco abrazó al criminal y le convirtió en uno de los más fieles y ardorosos propagandistas de la fe.

Tocar la figura de San Francisco, releer su historia, analizar las innumerables anécdotas comprobadas que los verdícos narradores cuentan, es así como aproximarse a un fuego vivo que de lejos calienta y de cerca abrasa. Imposible es penetrar en ese recinto de amor sin que el corazón palpите, sin que el pecado huya y sin que los más bajos y miserables dejen de sentir estímulos de perfección.

SANTO
DOMINGO



DE
GUZMAN



SANTO DOMINGO DE GUZMAN REPRESENTA en la historia de España un caso de energía insólita, de genialidad sublime, de poder invencible. Él había nacido en Caleruela (provincia de Burgos), en 24 de Junio del año 1170. Murió en Bolonia el 6 de Agosto de 1221. Fue una de las figuras más grandiosas de la Edad

Media y el renombre que en su patria logró no tuvo fronteras. Irradió por todas partes. Su obra fué magnífica, universal, honor de la iglesia de Cristo y de la raza a que pertenecía el santo varón.

En el Oficio Divino se llama a Santo Domingo de Guzmán: «Varón de pecho, espíritu apostólico, sostén de la fe, trompeta del evangelio, luz del mundo, resplandor de Cristo, segundo precursor y gran ecónomo de las almas». Sentía devoción tiernísima por la Santa Madre de Dios. Hallándose en una ermita de la villa oró largamente pidiendo a la Virgen inspiración: Y de ella surgió el rosario, la devoción por excelencia, la de los amores sin límite, la de la rendición de la voluntad a la Divina Señora, la de la paz continua que fortifican las almas y enciende en la voluntad nobles propósitos. Dió Santo Domingo forma a estas oraciones y desde entonces acá consérvase íntegra la manera como el santo quiso que oraran los tristes. Sabido es que *rosario* quiere decir *salterio*, porque, como indican los libros de vulgar erudición, se componía en los tiempos primeros de 150 avemarías, correspondientes a los 150 salmos del rey profeta David. Esa feliz inspiración hizo que desde luego cundiese por todas partes el rosario, que algunos llamaron en Italia «la oración a la española».

Fué proclamado Santo Domingo el inventor y primer predicador del rosario de la Virgen porque este patriarca esclarecido fué el primero que lo enseñó y predicó con orden admirable y meditó los misterios de la fe repartidos en tres órdenes: gozosos, dolorosos y gloriosos, que él recibió —dice el libro de que nos valemos— de Nuestra Señora y de él lo aprendió la Iglesia como cosa venida del cielo para provecho de todo el mundo, culto de la Virgen y gloria del mismo Dios.

Infinita fué la labor de Santo Domingo. ¿Cómo referirla en un breve artículo? Había de faltar lo más importante quedando incompleto el tema. Por eso hemos de limitarnos hoy a hablar de la obra popularísima del fundador de la Orden de Predicadores.

El rosario ocupa en las personas devotas un momento cada día. Es la ocasión en que muchas familias se juntan. Abuelos, padres e hijos se unen en la demanda de favor a la Virgen. No ha faltado quien se haya burlado de la perpetua repetición de las mismas preces diciendo con prosaica crítica que la voluntad de Dios no necesita tan insistente y monótono modular de las mismas palabras... ¡Ciegos y torpes, ignorantes y atrevidos!... La serie de cuentas engarzadas que van pasando entre los dedos del devoto son siempre un acto de rendimiento, un homenaje. Y a las veces el alma del que reza se siente emocionada en lo más hondo. Diríase que esas cuentecitas de madera, plata u oro, adquieren de improviso y por modo maravilloso un poderío comunicativo. Tiembla el ser, estremécense las almas, y entonces los labios se comunican con la Divinidad.

Celebrábase en un templo de Orleans, en presencia de Santo Domingo, una solemnidad religiosa; el santo de Guzmán dirigía la plegaria.

Una dama principalísima, creyente, pero algo frívola, manifestó a Santo Domingo que le fatigaba tanto repetir las mismas palabras. El fundador de la Orden de los Predicadores, dijo en voz baja a la princesa de Nivernais:

—¿Cómo es posible, gran señora, que os cause fatiga la invocación reiterada al Dios Padre, al Dios hijo y a la Virgen Santa? Yo os ruego que apliquéis la atención a esas palabras en vez de pronunciarlas maquinalmente y veréis así como vuestro corazón se inunda de alegría y la fatiga cesa, y experimentáis júbilo infinito.

La princesa siguió el consejo del santo y apenas fué analizando mentalmente, mientras su boca las repetía, las oraciones del rosario, experimentó lo que le había sido anunciado. Sintió cómo su fe crecía, cómo su entusiasmo por las cosas de Dios aumentaba y cómo ni una sola letra sonaba sin que la pusiera de manifiesto misterios sublimes, esperanza en la piedad de Dios.

Desde entonces fué la princesa de Nivernais la más activa propagandista de la devoción del rosario. Pero más nos conmueve ver a los lugareños humildes que después de concluida las labores del día allá en la casuca vasca y aragonesa toman el viejo rosario entre sus manos caducas y fatigadas y se consuelan de sus dolores repitiendo las santas palabras.

Santo Domingo de Guzmán resurge en la historia como un creador, como un fundador, como un apóstol. Su huella es imborrable.



EN LA MONTAÑA



ESTE AÑO, COMO EN LOS ANTERIORES, y con más brillantez que nunca, celebra Santander sus fiestas de Agosto, que rivalizan con las de San Sebastián. Es cuando millares de viajeros acuden a la montaña para gozar en la frescura de sus playas, en las altas cimas de sus cordilleras y en los infinitos balnearios que nos ofrecen la salud y en las dulces praderías donde el idilio mora.

El Palacio de la Magdalena, donde los Reyes pasan una parte del estío, es de una belleza imponderable. Colocado en sitio magnífico, en una atmósfera marina, fortalecedora y grata, descubre leguas y leguas del camino por donde tantas naves van a América en busca de los productos de aquellas regiones y llevando los de las nuestras. La Reina gusta singularmente de ese Palacio. Hace allí una vida de madre, lejos de las rúbricas y etiquetas cortesanas. Ocúpase de sus hijos, asiste al baño de ellos, vigila su educación y aun toma parte en las enseñanzas. Y es el encanto principal de aquélla punta de tierra que avanza sobre los mares, la gentil figura de la Soberana, que va y viene amparada de su sombrilla y se sienta donde le es agradable y allí permanece con su libro o contemplando las lejanías.

La montaña santanderina tiene ese rasgo: se apodera de quien la visita. No es posible hacer un viaje a esas tierras sin sentir luego la nostalgia de aquellos panoramas, que a las veces son trágicos cuando se asciende a los altos y peñascosos cerros, y a veces son tranquilizadores. Lo bello y lo sublime tienen allí su natural representación.

Ni uno solo de los que visitan la montaña deja de llevar en su mente la remembranza de los grandes escritores que allí nacieron. El primero, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya biblioteca es uno de los monumentos más notables de la cultura hispánica. Sentía D. Marcelino amor tan grande por su patria chica, que así que tenía una vacación en sus deberes oficiales de la Biblioteca Nacional de Madrid cogía los libros que últimamente había comprado y se marchaba a su casa, imponiéndose las molestias de un viaje que en ocasiones era rapidísimo, porque apenas llegado tenía que volver. A medida que el tiempo pasa crece la fama de Menéndez y Pelayo. No ha mucho que una revista norteamericana publicaba un estudio de H. Whitney, el sabio crítico, en la que rendía a nuestro montañés el más ardiente aplauso.

Y otra figura surge: la de D. José María de Pereda; el que pintó a los rudos marineros de *La Leva* y los campesinos de *Peñas Arriba*. Pereda no es un escritor que pasa. La moda no tiene que ver nada con él. Ha creado con materiales sólidos y el tiempo respetará lo que hizo. Así sus libros se venden hoy como cuando aparecieron, y las ediciones se multiplican, siendo extraordinario el pedido de los librerías de América del Sur.

Otro nombre aparece en la lista de los montañeses de la última generación: el de Amós Escalante, poeta y prosista, el que describió con fino buril las viejas ciudades de la montaña, el que penetró en el hogar de los lugareños, el que ascendió por las cuestas difíciles en busca de la *casona* donde residen las antiguas familias en que se conservan todos los prestigios de este pueblo. Y el mismo Escalante tuvo su hora de poesía, de poesía bizarra y atrevida, de dulces sonos y emoción deliciosa.

Es tan varia la naturaleza de la montaña, que el viajero se puede proporcionar todos los distintos placeres que la observación da de sí según el punto a que se dirija. Si váis a Santillana del Mar, allí encontraréis la vejez ilustre, los caballerescos, anacrónicos edificios en que estuvieron los linajes preclaros de las guerras de los siglos XVI y XVII. Ricardo León, nuestro insigne compañero, ha extraído de esos muros agrietados, de esas casas que apenas se tienen en pie cuanto había en ellas de esencia poética. Léase el libro famoso de este maestro y allí se encontrará todo lo que a este respecto de la vida montañesa se refiere.

¿Y buscáis el alegre mercado a que acude gente de todas partes con la pareja de bueyes, con la piara de ganado caballar, con el rebaño de ovejas?

Pues id a Torrelavega, ciudad única, de fisonomía singular.

Imposible es entrar en ella sin que un delicioso bienestar os invada. Diríase que allí no puede haber odios, aunque los hay, por desgracia, como en toda la tierra que pisan los hombres. Diríase que quien llega con el corazón dolorido sale con el corazón sano.

En las costas, el embravecido mar os anuncia las luchas de los navegantes, de estos navegantes santanderinos que han osado todas las audacias, que se han burlado de las furias de la tempestad, que, ya van a pescar en la lejanía entre las brumas, ya en los grandes barcos toman la ruta de América.

Contemplad en las vertientes de los montes los cables conductores de los cubos llenos de mineral. Trabajan allí millares de hombres. Ellos agujerean la dura piedra para extraer la riqueza que contiene. Cubiertos de polvo rojo a veces caminan por la senda. Diríanse estatuas de barro. Y con sus manos recias aumentan la riqueza española.

En los más altos riscos aún pelean el pastor y el oso, y el gamo arisco huye en vertiginosa carrera, saltando sobre el abismo apenas escucha el ladrido del can hostil.

Y, como resumen de impresiones tan variadas, allí está Santander, la ciudad industrial y mercantil que aumenta sin descanso su fortuna y su renombre. Ella es minera y agrícola, naviera y pecuaria, sin que haya una sola forma de la actividad en que no emplee sus caudales y su pujanza.

Talento y energía, honradez y tenacidad, son los rasgos de esa ciudad llamada a ser una de las más importantes del mundo que labora.



LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA A SU PRIMA SANTA ISABEL



EL TEXTO DEL EVANGELISTA San Lucas dice así: «*En aquellos días, alzóse María y partió presurosa hacia el país de las montañas a la ciudad de Youttah; y entrando en casa de Zacarías saludó a Isabel...*»

¡Oh, qué palabras de embelesadora sencillez usa el Santo Evangelista!... ¡*En aquellos días!*... ¿Qué

días eran aquellos?... Días henchidos de la más alta ventura y del más puro y alegre de los regocijos... días de paces entre Dios y los hombres, días de fecundidad maravillosa en la vara de Jessé... días de rocíos blanquísimos de cielo... días de gozo para María... días de gozo para Judea... días de gozo para la tierra toda, que ya iba a abrirse a fin de brotar de sus entrañas al justo...

Pues en aquellos bien afortunados días, en que aca-

ba de obrarse, por virtud de la virtud del Altísimo, el sacrosanto y benditísimo misterio de la Encarnación, determinóse María de salir de su encierro de Natza-reth, para hacer visita a su prima Isabel, que, en unión de su esposo Zacarías, vivía no lejos de Hebrón en la vieja ciudad sacerdotal de Youttah, suspendida, como un nido sagrado en la ladera de una colina, de las montañas de Judea.

Pues, pasando ahora al viaje de aquella Virgen Santa, ¿qué pluma será hábil a narrarle, cuando se ve cómo la pluma del Evangelista calla?... Porque el Evangelista sólo nos dice que María partió presurosa... pero este mismo silencio ¡oh, cuánto convida a meditar al espíritu cristiano!... Que no pienso yo que son menester ni gran destreza de pinceles, ni gran deslumbramiento de colores para imaginarse aquella modestia, aquella oración, aquella mansedumbre, aquel honestísimo recato, aquella guirnalda de virtudes, que ceñían la frente de María, irían reflejando su hermosura por todos los lugares por donde pasaba...

Yo veo aquella humilde viajera, a aquella niña, que era, a la par, la mujer por excelencia, fuerte, yo la veo cruzar iluminada la haz de su rostro con la sonrisa de un alborozo inmenso... ¡Eran lumbres de aurora divina las que disputaban por los campos de Israel!... ¡El sol del Cielo iba ya envuelto en aquellos bienaventurados resplandores de María!...

¡Oh, qué jornada, y cuán alegre!... ¡Oh, cómo iría la Virgen, platicando con el hijo de Dios, ya albergado en sus entrañas!... ¡Qué encarecimientos de ternura le haría!... ¡Cómo le palpitaría el corazón, aquel corazón de cuya sangre iba el cuerpo de Cristo a sacar su propia sangre!... ¡Oh, cómo iría aquella mujer bendita hablando con todo aquello, que sus castos ojos divisaban a la redonda!... Vería los collados, y les diría: «Saltad, collados, saltad como corderillos, que por aquí pasa, en mi seno va, el que ha aplomado vuestros cimientos!...» Y vería los ríos y les diría: «Levantad, ¡oh! ríos, la voz de vuestros murmullos porque ya llega el que ha de beber el agua de vuestros torrentes...» Y vería las flores y les diría: «Florecillas del campo, a quien la mano del señor viste con tejidos tan ricos, que el mismo rey Salomón no los tuvo. Sabed que la azucena del valle, vuestra hermana, ha puesto ya sus raíces en la tierra de mis entrañas!... Y así caminaría la Virgen, derramando gozo, derramando paz y alegría... ¿Y nada más?

¡Oh, sí..., yo veo que los ojos de aquella humilde viajera, de rato en rato, se llenan de lágrimas, y que al través de su virginal semblante se dejan entrever el

dolor y la turbación y la tristeza!... porque ¡oh, cuántas veces, María tan versada en las divinas Letras, habría pensado, y mientras atravesaba los campos aquellos de Galilea del Samaria, de Judea: por aquí... por aquí... cuando den su vuelta los años, irá el Hijo de mis entrañas, sudoroso, hambriento, rendido... por aquí le seguirán las turbas y cuando quieran hacerle Rey de veras huirá, y se dejará prender cuando quieran hacerle Rey de burlas!... Por aquí irá pisando el lagar... por aquí irá hecho el oprobio del pueblo...; por aquí irá a zaga de la oveja perdida... ¡y por aquí iré yo, oh hijo de Dios e hijo mío también, espejando en mi corazón de madre, las tribulaciones del tuyo!... ¡Por aquí iré yo hecha reina del dolor, y sin martirio visible, hecha reina de todos los mártires...!

En esta manera, llena siempre, en lo áspero y en lo dulce, de inmenso amor, haría la Virgen, nuestra señora, su peregrinación, y entre estas luces y estas sombras, entre estas vidas y estas muertes, pasaron uno y dos y tres y, aproximadamente, hasta cinco días, cuando al cabo de ellos tropiezan sus ojos con una casita que surgía en la vertiente de una colina... una sonrisa habría bañado su rostro, y exclamarían sus labios: ¡al fin estamos!... ¡allí viven!...

Y María, entrando en casa de Zacarías, saludó a Isabel...

¡Oh, Isabel; oh, mujer venturosa! ¿Y sabes tú quién es esa que te saluda? ¿Sabes a quién has abierto las puertas de tu casa? ¡Oh! ¿Qué acaece en tí? ¿Qué pasa en los adentros de tu seno?...

Y conteció que así como recibió Isabel la salutación de María sintió estremecersele el niño que llevaba en sus entrañas...

¡Oh, escenas de mil ternuras nunca soñadas por los hombres! ¡Oh, escenas maravillosas, puestas en ejecución por Dios, para alabanza de su Cristo!... ¡El precursor, saltando como un corderillo, henchido de gozo, en cuanto, por permisión divina, siente que su Pastor se halla delante...

E Isabel «se llenó del espíritu Santo», y dando una gran voz exclamó: — ¡Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde esto a mí?... ¿De dónde que a visitarme venga la madre de mi Señor?... «Anonada se hallaba Isabel considerando la dignación de María y a la par, tan transportada en celestiales arrobos al haber conocido la presencia de la madre de Dios en su casa, que no da paz a la lengua, antes revienta en nuevas loas can-

tando: — ¡Bienaventurada tú porque creíste, y por eso, se cumplirán en ti todo lo que el Señor te ha dicho!

Muda había estado hasta este punto María, oyendo las palabras inspiradas de su prima Isabel, pero al fin abrió su boca y de ella salió aquel cántico grande y glorioso, aquel cántico de amores y de misericordias, aquel cántico que, a las veces, semeja arrullos de tortolita humilde, y otras veces, los rugidos del león victorioso que se arroja sobre su presa... Entonces, comenzó a cantar María aquella serenata de dulcísima enamorada que tuvo a Dios suspenso en los cielos, en tanto que la garganta de la Virgen henchía los aires con su voz de mieles...

¡Engrandezca mi alma el Señor!... «Magnificat anima mea Dominum...»

¿Quién me lo había oído? ¿Quién no se le sabe de

coro?... *¡El magnificat!* ¿Quién no ha llorado una y mil veces de emoción y de regocijo cuando en la solemnidad de las vísperas sacaba el órgano en el templo sus más poderosos acordes y sus más delicadas armonías para acompañar el cántico de la madre de Dios?

¡Sí, María, bienaventurada te llaman todas las generaciones! ¡Bien se ha cumplido tu profecía... La profecía de una niña pobre, humilde, entonada en los repliegues de una montaña, sin más testigos que dos Santos ancianos!... ¡Bien se ha cumplido tu profecía! ¡Miró el Señor la humanidad de su esclava, y por eso todas las generaciones te llamarán bienaventurada!... ¡Sí, María, y por todos los siglos de los siglos!...

JOSÉ MARÍA SANZ Y ALDAZ





VIAJES RETROSPECTIVOS

DE MADRID A LA FRONTERA FRANCESA EN EL AÑO 1840



NO PODEIS IMAGINAROS los que ahora viajais con las mayores comodidades imaginables, ya en coche salón, ya en el departamento de un coche-cama, cómo viajaban vuestros abuelos. Aún siendo ellos ricos y pudiendo permitirse todos los lujos y todos los gastos, habían de sufrir grandes penalidades. Dad gracias a Dios porque, no obstante, las desventuras que nos afligen, os han sido suprimidas no pocas dificultades. Lo que no os aseguro es que este modo de viajar de ahora sea preferible a los que existían en el año 40. Lo pintoresco ha desaparecido. Vais de Madrid a Hendaya durante la noche, tal vez en un sueño. Y el abuelo adorado cuyo retrato destaca en el centro del salón familiar, ese con su esposa y con sus hijos, anduvo de pueblo en pueblo, pernociando aquí, almorzando allá, ocupándose personal-

mente de los caballos que en las postas se le ofrecían, llevando una contabilidad minuciosa de piensos, sueldos de postillones y propinas a los que contribuían a la obra viajera.

Vamos a contaros, en esta época de los viajes de verano, una aventura, la de la expedición que hizo el Marqués de X... en el mes de Julio del año 40 desde la capital de la monarquía a Hendaya. De allí iba a París este antepasado; pero nosotros hemos de ocuparnos sólo del tránsito de las tierras castellanas y norteñas.

El Marqués de X... preparó durante dos meses el viaje. Su administrador o mayordomo escribió a los jefes de las casas de postas para que, en el día y hora marcados, estuviesen dispuestos los tiros y sus conductores. El Marqués y su familia, si ya no lo habían realizado antes, hicieron testamento. Pidieron permiso a la Reina Nuestra Señora, Doña María Cristina, la Gobernante en Regencia, y obtuvieron del Gobierno político (la Dirección de policía actual), permiso y pa-

saporte, que costaba trescientos reales de vellón. El día antes de la marcha los viajeros confesaron y comulgaron. Despidiéronse de sus parientes y amigos como si no fueran a verlos más. Y en la madrugada la silla de posta partió de la casa del Marqués, seguida de un carro de cuatro ruedas del que tiraban cuatro mulas, en el que iban los equipajes. Linda y ágil la silla de postas, bien vestidos el mayoral y el postillón. La primera parada se hizo en Torrelodones, que entonces no era sino un lugarejo de treinta casas. La segunda en Villacastín; la tercera en Valladolid; y de este modo fué avanzando la silla hasta dar en Burgos donde la fatiga de los viajeros hubo de requerir dos días de reposo... Así hasta Irún.

Allí, empezaron las negociaciones para el paso de la frontera. El Gobierno de Francia harto acometido por los empeños de Napoleón, el que luego fué Emperador, y por las propagandas de los socialistas lioneses, andaba en sospecha con todos los extranjeros. Consiguió finalmente el Marqués el permiso de ingreso en el territorio galo.

Desde Madrid a Irún había empleado el Marqués diez y nueve días, y le había costado el tránsito, por

legua 97 reales, más otros 20 en propinas y vino para los postillones.

Los que no eran marqueses ni ricos hacían este viaje en diligencias. Partían estos pesados carruajes de la calle de Correos, de una taberna que había frente a la puerta secundaria del Ministerio de la Gobernación, establecimiento de que era dueño un don Felipe de los Navajos, riojano. El había sido servidor de la Reina Cristina durante la guerra civil, que acababa de concluirse, y gozaba el favor de la Real Familia y de los personajes más influyentes, uno de ellos, el General Espartero. De Madrid a Irún costaba el viaje en berlina, 150 reales. Se tardaba siete días y se caminaba día y noche, correspondiendo a cada pasajero el abono de los derechos de barcaje, en donde había que meter la diligencia en una lancha para atravesar los ríos, porque la guerra civil había destruído los puentes.

Era costumbre que el postillón, al salir de Madrid, hiciera sonar los cascabeles de los caballos, y cantase una copla, que solía ser esta.

«A los viajes me marchó
mi madre y mi Dios.
A los viajes me marchó
¿Volveré yo?».





ANTAÑO

Ó UN CRPUS VIEJO EN MADRID

FARSA SACRAMENTAL DE LAS BODAS DE ESPAÑA

(CONTINUACIÓN)

DICHOS, LA FE Y EL AMOR DIVINO.

FE. España: el Amor Divino,
queriendo tomar estado,
en todo el mundo ha hallado
ningún lugar que sea dino
de tan supremo ditado.
Alemaña está perdida;
Inglaterra, asolada;
Francia, en partes, estragada,
y gran parte destruída,
de lo rico de Granada;
pida la dote el Amor
que de vos quiere y espera.
Vos, las arras por honor
de vuestra fe verdadera
como leal amador.

AMOR. La dote que me ha de dar
quien conmigo ha de casar
es fe viva y confesión,
penitencia y contrición
sin volver más a pecar,
y si ansina me dotare
España, y perseverare,
yo os digo que le acreciente
su dote muy largamente,
y se le guarde y repare;
y esta dote que yo pido,
muy bien dalla España puede
si me quiere por marido:
y ella diga si concede
el casamiento y partido.

ESPAÑA. ¡Sacro y soberano Amor!
tu sierva soy, mi señor:
haz de mí tu voluntad,
que con perfecta humildad
recibiré tu favor.
Sólo una merced te pido:
que tú si fueres servido
me des tus manos benditas,
y que Señor, no permitas
que yo merezca tu olvido.

AMOR. España, grande es tu fe:
hágase lo que quisieres
que archivo de mi fe eres,
y yo te sustentaré,
mientras tu mi esposa fueres.
Darle he mi cuerpo en mahjas
para que el hombre perfeto
le pueda ver y gustar;
y así en arras lo prometo
a mi esposa singular.
Y sepa todo cristiano
si de pecados saliere,
y en gracia me recibiere
que me terná de su mano
para cuando me quisiere.
Sepa pedirme y buscarme
con perfeta contrición
y preceda confesión:
que en su mano está el hallarme
y su eterna redención.

IGNO. Mi feé, España, yo he entendido
que os habéis bien detenido,
y que si habéis aguardado,
que os habéis aventajado
en cobrar muy bien marido:
y pues que no merecimos
de tristes y lacerados
gozar lo que pretendimos,
recibimos por criados,
pues que para amor no fuimos.
La guerra os podrá servir
de echar dineros al hondo,
y yo a ratos de decir
de mis malicias abondo
cuando os quisierdes reir;
la Hambre de ratonera,
que con su obra sutil
cazará ratones mil;
la Tristeza, de que quiera
serviros ha de candil,
que no sé yo más vil cosa
que un candil, ni más llorosa.

Y pues sabemos oficio,
 recébinos en servicio,
 España rica y hermosa.
 Tú, bella España, hacer debes
 lo qu' esta gente ha pedido;
 más preceda tal partido
 que primero los renueves
 la condición y el vestido;
 que, en virtud del Sacramento,
 los oficios mundanales
 dejen su terrestre asiento,
 y para los celestiales
 recobrarán nuevo aliento.
 La guerra en paz quedará
 y esta oliva tomará
 para en señal que hoy se ha dado
 Dios en manjar, y ha quitado
 la guerra del mundo ya.
 La Hambre queda en Hartura,
 la Tristeza en Alegría
 y la Ignorancia en Cordura.

GUERRA. ¡Ropa fuera, gente mial

¡Quitad la ruin vestidural

IGNO.

¡Válame Dios! ¿Dónde he estado?

TRISTEZA.

¿Quién soy yo, Señor Dios mío?

¿Qu' es de mi libre albedrío?

¿Dónde ha estado sepultado?

AMOR.

España, do la entereza
 de la fé más permanece;
 cada uno se aderece
 de perfición y limpieza:
 porque el convite se empiece,
 el Santo llegue a comer
 de aqueste manjar divino,
 pero aquel que fuere indino
 guérdese de lo hacer
 porque hará gran desatino.
 ¿Españoles os llamáis?
 ¡Seguidme, que español soy!
 y en todo lugar estoy
 para que todos podáis
 ser mis convidados hoy.
 Y para que fácilmente
 le pueda gustar acá
 en la Hostia que allá está,
 debajo aquel accidente
 desde hoy me encontrará.

MUSICA

FE. Para bien será el velado:
 y ya el númen imagina
 que en algún remoto siglo
 de esta unión sacra y bendita
 el fruto tendrá sazón:
 pues la voluntad divina
 ha de conservar a España
 como ella en virtud persista,
 salamandra de la Historia
 dentro la hoguera metida:
 que de las flamas envuelta
 se defiende y queda viva
 o inmortal como la Fénix
 nace en su misma ceniza.
 Testigo el Tiempo ha de ser:
 tal verdad la historia escriba,



que es condición de la Fe
 ver lo que no está a la vista.
 Un rey España tendrá
 (cuando aquesta monarquía
 en la noche del horror
 será una antorcha encendida)
 que con esforzado pecho,
 y en ara de su fe viva
 ofrende la su corona
 de oro, plata y pedrería
 a los pies del otro Rey,
 el coronado de espinas,
 el oprobio de los hombres
 que del Calvario en la cima
 muerte de cruz aceptó
 por más baja y más indigna,
 clamando con voz entera
 que entero el reino confirma:
 «¡Tuyos mi cetro y coronal
 ¡Tuyos mi reino y mi vida,
 corazón sacramentado
 de Jesús!... ¡Dulce me mira,
 Redentor, Rey de los reyes,
 Señor de los que dominan!
 Testigo el Tiempo me sea:
 tal verdad la historia escriba:
 no os espante mi decir
 con color de profecía.
 Soy la fé... Y es condición,
 por la permisión divina
 que un velo puso en los ojos

de la Fé, que así se humilla,
atalayar lo remoto,
ver lo que no está a la vista.

FIN DEL AUTO (*Pausa*).

IGNO. Gloria al rey más liberal
que ha señorado mi patria;
vitor al príncipe sabio,
al muy prudente monarca,
en cuyas manos son uno
la Cruz, el Cetro y la espada,
que espada y cetro sin cruz
convíertese en patarata.
Y excusad si estas sentencias
disimulan mi ignorancia,
porque no hay rico ignorante
ni sabiondo sin blanca;
y a mí, y a mis compañeros,
la majestad soberana
de Felipe, nos ha dado
mas ciencia que en Salamanca
tiene un doctor *in utroque*
de quirotecas bordadas:
¡que en esta bolsa hay ducados
para toda la farándula!
¡Viva la Tierra dichosa
de Madrid, corte de España
porque Felipe lo quiso:
puerto de paz do se hermanan
los que dejan a su madre
sin temor, pues esta alcanzan
el otro rincón hispano
que este mismo sol aclara,
aunque es verdad que con ello
mengua el pan y el vino es agua;
que solo así para tantos
el vino y el pan alcanzan;
que en tahonas y tabernas

estos misterios se fraguan
del azumbre con careta
y la libra deslibrada:
milagros para el infierno,
prodigios de rompe y rasga.
Y vitor al Sacramento
de amores, pan de las almas,
del que tan solo un bocado
los fatigados repara,
y los pechos reconforta,
y el seso destelaraña,
y todo vicio destierra
y toda virtud ampara,
y hace de los malos buenos,
del alma buena alma santa,
de un santo un ángel... y a mí
cómico de faramalla,
me trueca en predicador,
misionero en esta plaza
sobre un tablado que es púlpito
dando la verdad en farsa,
ya que la farsa es verdad
que aqieste honor, la farándula
le deber al Sacramento
hacerla digna y honrada,
sacarla de excomunió,
del menosprecio sacarla,
y hasta ponerse en sus manos
y aceptar las alabanzas
del auto sacramental
gloria, honor y prez de España.
Y aquí termina el... sermón
excusad sobras y faltas.

Vitores, músicas, campanas, alegría general y telón.

VICTOR ESPINÓS

Dibujos de Pedrero.

